

Ante el espejo

Título: “La charca inútil” de David Desola
Intérpretes: Adolfo Fernández, Sonia Almarcha
y Miquel Palenzuela Dirección: Roberto Cerdá
Lugar: Teatro Principal - 7/octubre

El público hubiera aplaudido por cuarta vez porque la cuarta dimensión del teatro uno la lleva dentro cuando los actores del Principal desaparecen y en el ánimo del espectador queda la pregunta inquebrantable que llega hasta San Torcuato: ¿No era posible la esperanza?. Queriendo escribir una comedia David Desola confiesa que le salió un drama y de ello se impregna esta obra brillante en su concepción, con lúcidos guiños a Albee (*Historias del zoo*), traspuntes de Strindberg (*Sonata de espectros*) o inevitables ecos de Buero (*El tragaluz*). Ante todo, nos enfrentamos ante un doble espejo: primero, la cruda realidad de una sociedad devoradora y enferma: un profesor agredido por un alumno y las imágenes de la paliza brutal repetidas ferozmente por las cadenas de televisión hasta la saciedad, y una madre que perdió a su hijo seis años antes en los trenes del 11-M y su rostro desolado fue elegido entre la multitud para satisfacer la morbosidad de la crueldad. En segundo lugar el espejo nos dibuja a través de una metáfora (la charca inútil en invierno e inútil en primavera) el alma de estos personajes a los que se suma el espectro de un viejo maestro del profesor maltratado que acabará impartiendo clases particulares al niño que no está. El conflicto parte por tanto de la aceptación o no de la realidad: la madre niega la evidencia de la muerte; el profesor imprime su propio miedo (¿extraña cobardía?) y como vértice del equilátero el péndulo de una conciencia sabia en el viejo profesor que pregunta por la soledad, el amor y la dignidad. La obra fragmenta estas articulaciones dramáticas con una inteligente puesta en escena y una muy seria interpretación digna de elogio, espléndida en matices y ambientación y cuya definición es magnífica. Acaso el espectador quede preguntándose por algo: la memorable reflexión en torno a la serenidad para aceptar las cosas que no podemos cambiar, el valor para cambiar aquellas que podamos y la sabiduría para reconocer la diferencia. Eso viene a preguntarnos el autor cuando elige que la realidad de cada uno es como cada uno quiere que sea y lo hace desde el inmenso eco del gran Quevedo al apuntar el propósito de la madre: “alargar esta muerte que ha nacido”. He ahí el trasunto.